
EL VACÍO DE LOS DIRIGENTES

La responsabilidad que hoy día recae sobre los dirigentes políticos chilenos, de gobierno y de oposición, difícilmente puede exagerarse. No se puede negar que el curso de los acontecimientos despierta honda preocupación en vastos sectores del país, ni que la conducta de muchos de los más significativos dirigentes, decepciona a aquellos chilenos que aspiran a una evolución democrática.

Entre los hechos recientes, los asomos de violencia, organizada o espontánea, deben servir como un signo de alarma que, con toda su trágica dimensión destructiva, advierte sobre los peligros que puede traer para toda la nación el desborde de las agitaciones sociales incontroladas. Durante la mayor parte de este año, los medios informativos han dado a conocer numerosos estallidos de rebeldía popular, en parte provocados por una situación económica que se torna difícilmente sostenible para muchos, y en parte por la acción organizada de los grupos que buscan el derrocamiento del régimen militar. La magnitud de estos hechos, aunque difícil de evaluar en toda su proyección, no puede ser desconocida. Las tomas de caminos y cobranzas de "peaje", el asalto a un tren de pasaje,

REALIDAD, DICIEMBRE 1983

el violento ataque a una municipalidad capitalina o las emboscadas a bomberos y ambulancias, pueden ser acontecimientos aislados, pero la sucesión de noticias de esta naturaleza termina por inquietar y despierta algunas dudas razonables sobre la posibilidad de una transición pacífica a la democracia. Algunos observadores creen ver en tales hechos los preparativos de una verdadera asonada revolucionaria, cuyas proporciones sólo podrían entenderse si se acepta que la agitación es estimulada y amparada por instituciones sociales de largo y extenso desarrollo en nuestro país y que de algún modo aún gozan de cierto prestigio popular.

En medio de este clima de trastorno, los conductores políticos no emergen como agentes de un acuerdo social, sino más bien, parecen situarse al margen de la realidad global, envueltos en reducidos esquemas particulares, sin una visión ni un proyecto que permitan encauzar las energías de todos los chilenos hacia un camino de prosperidad y orden.

La oposición democrática aparece como más difuminada que ninguna otra corriente, sin la capacidad ni la fuerza para afirmar una vía de entendi-

miento realizable. Los grupos socialistas se apoderan del descontento y parecen actuar con la única meta de desconocer los diez años de gobierno militar. Todo lo realizado, a juicio de ellos, debería quedar en nada y el país comenzar nuevamente desde cero. A lo largo de estos años, diversos dirigentes socialistas han concluido que la principal lección que deben extraer de la experiencia de Allende, es que la revolución marxista no será posible mientras subsistan Fuerzas Armadas profesionales que mantengan la exclusividad de las armas. Para ellos la situación actual abriría una posibilidad de destruir a los Institutos Armados en cuanto a poder independiente, tal como sucedió en Rusia, en Cuba, en Nicaragua o incluso en Irán. Aunque las diferencias entre nuestro país y aquellos que vieron entronarse al comunismo o a otras fuerzas totalitarias son evidentes en cuanto a la tradición profesional de sus militares, la visión parcializada y esquemática de los jefes del socialismo criollo los mantiene en una posición ajena a la realidad.

El gobierno, por su parte, avanza tímida y cautelosamente hacia las metas que él mismo se propuso. La ciudadanía duda de su determinación y el estancamiento político que se viene observando desde hace dos o tres años fundamenta la aprensión ciudadana. A ambos lados del espectro político se ve que adquiere fuerza la idea de que sólo la supresión del adversario podría permitir la organización democrática del Estado.

Nuestra revista, en un afán por contribuir a un debate de mayor altura que puede generar ideas de trascendencia para superar la impasse, solicitó a un grupo de destacadas personalidades de diversos ámbitos de la vida nacional, que ofrecieran sus sugerencias a los conductores políticos de todos los sectores para avanzar hacia una convivencia democrática estable. Seleccionamos para ello a personas que no tuviesen responsabilidades activas

“El deterioro de las comunicaciones y del respeto mutuo que debe existir entre quienes tienen la misión de guiar al resto del país, es uno de los escollos más salientes de la actual coyuntura.”

en los acontecimientos políticos, pero que sí conocieran bien su desarrollo actual. El reportaje, que fue publicado en la edición anterior de “REALIDAD”, despertó enorme interés en amplios círculos, tanto por la significación de los participantes como por la profundidad y mesura de sus opiniones.

Llama la atención, en primer lugar, el alto grado de coincidencia entre los respondientes. El deterioro de la comunicación y del respeto mutuo que debe existir entre quienes tienen la misión de guiar al resto del país, es uno de los escollos más salientes de la actual coyuntura. Si bien es cierto pueden reconocerse numerosos motivos para explicar el grado de hostilidad entre las distintas corrientes de opinión, debe comenzarse por aceptar que esta base es la menos adecuada para construir un futuro político estable. La violencia verbal, las descalificaciones mutuas, la suposición de intenciones y, en fin, todo aquello que expresa la falta de respeto por el contradictor, revela una actitud esencialmente antidemocrática, que de persistir entre nuestros conductores políticos, dañará irremediablemente el carácter democrático de sus

construcciones.

Superar el clima de enfrentamiento es una tarea ineludible para todos los que tienen algún grado de responsabilidad pública. El hábito descalificatorio y maniqueísta tiene una antigua raigambre en nuestro país y difícilmente será superado si no se advierte con claridad la verdadera dimensión de la crisis política. El sentido original del vocablo crisis, apunta a un momento decisivo del cual emergen grandes cambios que pueden ser tanto favorables como adversos. La encrucijada actual, bien podría hacer surgir un hábito de respeto, sobre el cual podría fundarse una convivencia armónica y estable. De lo contrario, dadas las circunstancias actuales, el país podría caer en un período de duros enfrentamientos que postergarían, tal vez por décadas, el establecimiento de un sistema democrático.

Es también una opinión recurrente entre los observadores, que se subestima la capacidad de juicio del pueblo, al menos en forma implícita, en numerosas actitudes de los dirigentes políticos. La opinión pública general observa atentamente, pero sin grandes pasiones, la confrontación de los dirigentes políticos y se da cuenta perfectamente de las artimañas, de las deformaciones de la verdad, y de los intentos de manipular a las masas. Los buenos y honrados argumentos tienen un im-

pacto mucho mayor que los slogans ingeniosos. El país ha aprendido a desconfiar de las promesas simples y da muestras de haber asimilado las experiencias en forma mucho más madura de lo que lo han hecho sus cabecillas políticos.

Son muchos los sectores que anhelan para Chile el establecimiento de una democracia seria y perdurable. Difícil es concebir este logro sin el respaldo de las Fuerzas Armadas que deben cumplir la tarea que se impusieron de renovar la institucionalidad del país. Provocar un enfrentamiento entre civiles y militares, como desearían algunas corrientes de inspiración izquierdista y revolucionaria, significaría el fin de toda posibilidad de un desarrollo democrático estable.

La dirigencia política, de gobierno y de oposición, no despiertan en estos momentos la admiración nacional. Si ellos no examinan la realidad en todas sus dimensiones y no se comprometen con ella para buscar soluciones de verdad, las perspectivas serán muy desfavorables. Tratar de imponer ahora las aspiraciones de un grupo político, de cualquier signo, puede resultar fatal. Sólo el compromiso con la realidad y un análisis amplio y maduro, puede mejorar la posición de los dirigentes ante una opinión pública que comienza a mostrarse abiertamente escéptica. ♦